

IGNACIO PADILLA: CAMINAR ENTRE GÉNEROS

>KRISTIAN ANTONIO CERINO*

Invierno en la ciudad de México. Enero, 2010. Cinco grados. Ignacio Padilla, el escritor que ya acumulaba premios literarios, apareció en un aula en la que enseñaría Literatura Latinoamericana. Abrió la puerta, rió con los estudiantes, y dijo: soy Nacho Padilla. Una minoría sabía que él era el responsable de esta asignatura en la Universidad Iberoamericana. Entre la minoría, este redactor. Confieso: sí sabía que el nombre del literato estaba en carteles, portadas y revistas, mas no le conocía como lector. No había un solo libro en la biblioteca de casa.

Por recomendaciones del oficio, es prudente leer los libros del autor entrevistado. Esto debía replicarse más si el profesor titular de la materia contaba con publicaciones de obras científicas o literarias. Para ese entonces, en el frío invierno de la capital, Padilla ya había publicado más de la mitad de sus obras en diversas editoriales. Sucedió lo mencionado seis años antes de su muerte. En 2010 yo veía a Padilla vivir después de los 70, recibiendo otros premios literarios y reconocimientos de universidades y en ferias de libros.

Un día le pregunté, a propósito de la primera Feria Universitaria del Libro de Tabasco, que organiza la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

—¿Te gustaría recibir el premio de la UJAT?

—No —dijo a bocajarro.

—¿Por qué?

—Porque los premios son para el retiro y todavía comienzo.

Que su carrera literaria le exigía más, que podía escribir otras obras, que vendrían nuevos libros. Así fue. A la par de recibir clases, leí los primeros libros del escritor: “Por un tornillo”, un cuento publicado por el Fondo de Cultura Económica e ilustrado por Trino, el caricaturista. La idea fue comenzar con una narrativa breve y qué mejor que un cuento infantil.

Padilla escribió para niños otros cuentos, entre estos: “Todos los osos son zurdos”, pero el que más cautivó a mis hijos fue “Por un tornillo”, la historia de cómo se funda un pueblo a raíz de la aparición de una máquina y cómo ésta será sinónimo de múltiples

homenajes, hasta que un día, simplemente, pierde un tornillo (o se lo roban) que la hace sentir enferma.

El segundo libro que leí de Padilla se trató de *Crónicas africanas*, espejismo y utopía en el reino de Swazilandia, un país pequeñísimo en el sur de África, entre Sudáfrica y Mozambique, con un millón de habitantes y un gobierno monárquico.

Padilla recrea la vida entre los suazis y las peripecias para salir de África y sus conflictos bélicos. En los límites entre Zambia y Tanzania él y dos amigos fueron detenidos y golpeados por soldados al ser confundidos con tres espías sudafricanos. Esto lo supieron después de ser liberados en Zimbabwe al leer un periódico en el que mostraba la imagen de los tres informantes (ellos) y se decía que habían sido ejecutados. De esto relató en *Crónicas africanas*, publicado por editorial Colibrí en 2001.

Por cada libro, el rostro de Padilla, mostrado en las solapas y contraportadas de los impresos, abandona la juventud para presentarse con mayor madurez.

15
Cinzontle

* Periodista y editor de revistas en línea. Profesor investigador en la Licenciatura en Comunicación en la DAEA.



Sin título (Detalle), Alessa.

16 Cinzontle

Hablo de la edad y también del trabajo intelectual

En 1994 y 2008, Padilla ganó los premios literarios Efrén Hernández y Juan Rulfo, respectivamente, por sus cuentos. Estas historias habrían de publicarse en 2010 con el título de *Los anacrónicos y otros cuentos*, con el sello editorial del Fondo de Cultura Económica. Dato curioso: el pequeño libro fue un obsequio del escritor para sus estudiantes de literatura una vez que concluyó el semestre. Uno de los cuentos que merece mención es “El Carcinoma de Siam”, la historia de unos siameses que anhelan separarse, que pelean constantemente y cuyos nombres proceden de la mitología griega. Los siameses irán en contracorriente pese a compartir los mismos órganos. Habrá un final inesperado.

Padilla y otros escritores de la Generación del crack —una especie de rompimiento con el pasado literario de la generación posterior al Realismo mágico— empezaron, un día de tantos, a ambientar sus novelas en otros escenarios

ajenos al nacionalismo característico del siglo XX en México. Él y Jorge Volpi europerizaron su propuesta literaria. Padilla no sólo escribiría *Amphitryon*, habituada entre las guerras mundiales y ganadora del Premio Primavera de Novela 2000, de Espasa Calpe y Ámbito Cultural, sino además publicó *Espiral de artillería*, la trama de espías y conspiraciones en un pueblo (llámese aquí el puerto de Malombrosa) en el viejo continente en donde algunas casas no eran de ladrillo sino submarinos en aquellos años comunistas

A manera de reseña: el personaje principal es un médico de actitud pasiva, ajeno a los movimientos sociales. Un día, así nomás, se vincula a uno de éstos pero de forma imaginaria. Dertz Magoian, el comisario bajo las órdenes del Gran Brigadier, interroga al protagonista en busca de alguna pista que lo conduzca a detectar y arrestar grupos disidentes.

Para librarse del asedio en el que le relacionan con una mujer de ideología subversiva, el médi-

co inventa, a partir de una historia que un paciente años atrás le confía, que Eliah Bac está por desencadenar un plan terrorista para derrocar al régimen”.

Elijah Bac era el hijo del subteniente que había ordenado hundir un importante submarino de la Gran Flota del Norte después de enterarse de que el resto de la tripulación había decidido desertar y ceder la nave al enemigo. Esta versión de los hechos arqueaba la historia oficial mantenida por el poder. Un soldado decide matar a Eliah Bac antes de que su versión de lo ocurrido en el submarino Leviatán ponga en tela de duda la revolución. Lo cita en el cementerio de submarinos en el puerto de Malombrosa bajo el engaño de que posee pruebas contundentes sobre los verdaderos sucesos acontecidos en el Leviatán. Sin embargo, Bac es asesinado para mantener el orden establecido por el régimen autoritario.

El autor de *La catedral de los ahogados* y *La gruta del Toscano*, es el redactor de la novela *Si volviesen sus majestades*, escrita con un español antiguo y en la que pretendió hablar de la decadencia de un reino que repentinamente perdió su esplendor y a sus habitantes. Es la ficción de un bufón que quema esta historia y es la búsqueda del grial que aquí le han llamado esquerlón de panolina.

En 2010, año en el que conocí a Padilla, se cumplían los primeros tres lustros de la publicación de *Si volviesen sus majestades*. Por ello, consideré importante entrevistarlo, y accedió:

—Así como ocurre con el Solitario del castillo que escribió mucho y todo quedó en el fuego con ayuda del bufón, ¿así sucede con muchos manuscritos que sólo que-

dan en el imaginario del escritor?, ¿Cuántas historias merodean por la cabeza de Ignacio Padilla? –le pregunté: –Infinidad. Tengo muchas más ideas que tiempo y vida para escribirlas.

–¿Cómo logras concebir *Si volviesen sus majestades* concluida en 1995? Con todo y el español antiguo, justificado para la época, se lee con mucha actualidad.

–Fue un proceso lento y poco consciente. Primero existió la imagen, la idea de un reino dislocado. La escribí en prosa moderna para descubrir más tarde que el texto exigía un lenguaje no menos dislocado. Supongo que es así como hemos entrado en el siglo XXI.

–Caminando por los pasillos de la Ibero me dijiste que esta novela en particular ha sido de las más difíciles de escribir. ¿Por qué? Por el español antiguo, porque buceaste en archivos, porque tardaste mucho en diseñar su estructura, ¿por qué?

–Porque me tomó mucho tiempo, mucha reflexión, muchos borradores como los que aparecen en la propia novela. Y claro, porque me exigió entrar —más que investigar— en el lenguaje inventado con retazos de la Edad Media, el Siglo de Oro y el cómic, además, claro, de la prosa latinoamericana.

–Por cierto, de niño ¿escuchaste, leíste o te contaron antes de dormir novelas de caballerías? Esta obra en particular me gusta porque retrata la caída de las monarquías y cómo estos grandes castillos envejecían ante el paso del tiempo. ¿Te inspiraste en el Quijote? ¿En Bioy Casares? ¿En qué autores?

–No, nada que tuviese que ver, creo, con las novelas de caballerías. En esta novela hay más cine que literatura. Desde luego, están Borges y Manganelli, bastante de Kafka y otro tanto de Kennedy Toole. La prosa la tomé prestada del Persiles, de Cervantes.

–¿Cuáles serían los temas centrales de *Si volviesen sus majestades*? ¿La soledad, la locura, la obra inacabada, el caos, la decadencia, la verdad frente a la ficción, el enemigo, la lealtad, la pasión, la culpa? ¿Cuáles?

–No me gustaría desmontar la obra en temas, sino en obsesiones. La más clara, a mi entender, es la culpa. Pero podría, desde luego, equivocarme.

–Cuando escribiste *Si volviesen sus majestades* entre 1993 y 1995 y partiendo que formas partes de la Generación del crack, ¿ibas decidido con esta historia a ponerle fin a los que ya habían abusado del llamado Realismo mágico?

–En absoluto. Fue a raíz de mis búsquedas personales y las obras

por estas generadas que me di cuenta de mi rechazo al Realismo mágico.

En la clase de literatura latinoamericana, el premio nacional de cuento y novela mostró —sin decir que estaba poniendo frente a nuestros ojos el manuscrito de un libro— avances de un ensayo en que hablaba de las simbólicas literarias: el mar, el barco, la lluvia, el naufrago, el monstruo marino, la isla. Es decir, la clase fue el libro que preparaba y que compartía —por partes— entre los estudiantes; todos estos temas retomados en los cuentos y novelas de García Márquez, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo, Adolfo Bioy Casares, Álvaro Mutis, y otros más.

Para el verano, ya con una ciudad calurosa por los rumbos de Santa Fe, terminó el semestre, y uno de los lectores de Nacho Padilla comentó:

Ganó otro premio. Este era el Premio Iberoamericano Debate-Casa América por la obra: *La*



Sin título, Alessa.



Sin título, Alessa.

18 Cinzontle

isla de las tribus perdidas, la incógnita del mar latinoamericano. Lo que habíamos leído en el salón de clases nunca tuvo nombre hasta el día en que se anunció el premio y uno año después se publicara el libro en México.

Esta obra ensayística reseña las peripecias del ser latinoamericano por hacer un dominio del continente, un continente que para los españoles fue difícil de conquistar. Cito un fragmento del capítulo “Huracanes ciegos y laberintos de agua”:

“Como el mar, las precipitaciones pluviales en la literatura latinoamericana son cualquier cosa menos lánguidas o benignas. En el Extremo Occidente la lluvia más tenue termina en suplicio, inundación y extinción. O puede hacerlo: la garúa peruana desquicia porque es solo lluvia, el chipichipi tropical nos enloquece tanto o más que la tormenta. Del cielo no vendrá jamás la claridad: vendrá solo

el tedio y la destrucción. Si el mar es el asesino por antonomasia, el río es un hilo de vida, por lo general sutil, provisional y transitorio, pues suele conducir al mar, que es el morir.”

Otros libros de ensayos publicados fueron: *El diablo y cervantes*, *El legado de los monstruos* y *Arte y olvido del terremoto*; unos en editorial Debate, y otros más en Taurus y Almadía.

En *El legado de los monstruos*, Padilla abordó los miedos del hombre a partir de fundamentos y casos en la historia: “el miedo es un valor cuando lo domamos y cuando nos previene de los peligros posibles, cuando nos aparta de los peligros reales y nos dota de los medios para enfrentarlos”.

Hablará de los monstruos, de la antropofagia y de los autómatas para referirse al miedo.

Arte y olvido del terremoto es con el fin de plantear una línea del tiempo sobre cómo el arte pudo

haber inspirado obras pictóricas a raíz del temblor de 1985 que derribó casas y edificios de la ciudad de México. Es examinar las maneras en “que hemos olvidado la catástrofe” a partir del arte, de sus obras. O sea, sobre la amnesia del desastre.

Al citar al filósofo Franco Volpi, Padilla retoma que “Al negar la memoria de un desastre, la sociedad vive entre simulacros vacíos, sin percatarse de esto”.

En una entrevista que Padilla dio para TVUNAM aceptó que después de muchos años de considerarse un novelista, el género con el que podía definirse como escritor fue precisamente el cuento. Sin embargo, es Padilla el escritor que transitó entre muchos géneros, desde la dramaturgia hasta el ensayo, desde el cuento hasta la novela, y que le permitió ganar los Premios Primavera de novela, Mazatlán, La Otra Orilla, y muchos más.